



La herencia edípica en la novela *Ordesa* de Manuel Vilas

The oedipal inheritance in Manuel Vilas's novel *Ordesa*

Omar CHADLI¹

Université Amar Thelidji-Laghouat | Algérie
o.chadli@lagh-univ.dz

Resumen : El objetivo de este artículo es poner de relieve cómo la novela *Ordesa*, de Manuel Vilas, muestra una herencia edípica, entendida como la influencia psicológica y simbólica de los padres en la vida afectiva y la identidad del narrador. A través de un enfoque que combina psicoanálisis y análisis literario, se sostiene que la obra aborda temas como la repetición de traumas, la idealización o rechazo hacia los padres y la transmisión generacional, que forman la herencia no material que recibe el protagonista. El estudio también muestra cómo los elementos autobiográficos, la fragmentación del tiempo y la voz íntima de la novela sirven para representar y trabajar esta carga edípica.

Palabras claves: autobiografía, herencia edípica, identidad, novela, trauma

Abstract : The aim of this article is to highlight how the novel *Ordesa*, by Manuel Vilas, reveals an Oedipal inheritance, understood as the psychological and symbolic influence of parents on the narrator's emotional life and identity. Through an approach that combines psychoanalysis and literary analysis, the article argues that the work addresses themes such as the repetition of trauma, the idealization or rejection of the parents, and generational transmission, which together form the non-material inheritance received by the protagonist. The study also shows how autobiographical elements, the fragmentation of time, and the novel's intimate voice serve to represent and work through this Oedipal burden.

Keywords: autobiography, oedipal inheritance, identity, novel, trauma



La narrativa española contemporánea se ha caracterizado en las últimas décadas por un marcado interés en la exploración de la memoria, la identidad y los vínculos familiares, especialmente a través de formas híbridas como la autoficción y el relato autobiográfico. En este contexto, numerosas obras han abordado los efectos que las relaciones parentales ejercen sobre la configuración subjetiva del individuo adulto. Este enfoque permite analizar la literatura no solo como expresión estética, sino también como

¹ Auteur correspondant : OMAR CHADLI | o.chadli@lagh-univ.dz

espacio de representación de conflictos psíquicos y emocionales heredados. En este marco general se inscribe la novela autobiográfica *Ordesa* escrita por Manuel Vilas en 2018, obra en la que el autor construye un relato íntimo centrado en la evocación de la figura del padre, la madre y la infancia como núcleos fundamentales de su identidad. El tema específico de esta investigación es el análisis de la herencia edípica en dicha novela, entendida como el conjunto de conflictos afectivos, culpas, dependencias y patrones emocionales que el sujeto hereda de su relación temprana con los progenitores y que influyen de manera decisiva en su vida adulta. La problemática que orienta este estudio se formula en los siguientes términos: ¿de qué modo *Ordesa* representa la herencia edípica a través de la memoria, el duelo y la repetición de patrones familiares?, ¿cómo se articula literariamente esa herencia para construir la identidad del narrador?, y ¿en qué medida la escritura funciona como un intento de elaboración simbólica de ese conflicto parental no resuelto? Estas preguntas resultan relevantes porque permiten vincular el análisis literario con categorías del psicoanálisis y de los estudios sobre la memoria, ampliando la comprensión del texto más allá de su dimensión autobiográfica.

El objetivo general de este trabajo es visibilizar la presencia y la función de la herencia edípica en *Ordesa*, a partir del análisis de la configuración de las figuras parentales en la novela, la identificación de los mecanismos de repetición y transferencia generacional, el análisis de los recursos narrativos utilizados para representar dicho conflicto y la interpretación del papel de la escritura como posible vía de elaboración del duelo y de la herencia emocional. En cuanto al plan de trabajo, El artículo se organiza de la siguiente manera: en primer lugar, se presenta un marco teórico sobre la herencia edípica en las novelas autobiográficas; posteriormente, se desarrolla un estudio temático centrado en las figuras parentales, el duelo y la repetición de patrones familiares; luego se realiza un estudio literario de la forma, la voz narrativa y los símbolos de la obra; finalmente, se exponen las conclusiones, donde se sintetizan los principales aportes del análisis.

1. Herencia edípica en la narrativa autobiográfica

La noción de herencia edípica se entiende aquí en un sentido psicológico y cultural, no como una transmisión biológica o genética. Se refiere, más bien, a una herencia simbólica formada por vínculos, normas, prohibiciones, sentimientos de culpa, deseos y formas de relacionarse que influyen de manera profunda en la construcción de la subjetividad adulta. Esta herencia no se transmite de manera consciente ni voluntaria, sino que se incorpora al psiquismo a través de las identificaciones, la internalización de reglas y la asimilación de modelos afectivos que se aprenden en la familia y en la sociedad. Desde esta perspectiva, el sujeto siempre se forma en relación con una historia previa que lo antecede y lo atraviesa, aun cuando no sea plenamente consciente de ella. Desde el psicoanálisis freudiano, el complejo de Edipo ocupa un lugar central en la vida psíquica, ya que organiza las primeras experiencias de amor, rivalidad e identificación con las figuras parentales y establece las bases para la entrada del niño en el orden social y simbólico. Freud (1993) describe este momento como una etapa en la que el niño queda envuelto en deseos contradictorios hacia sus padres, que incluyen amor, hostilidad, admiración y rivalidad. Estos conflictos generan tensiones intensas que deben ser reprimidas y reelaboradas para que el niño pueda integrarse a la vida social, aceptar la ley y participar de la cultura. En este sentido, la resolución del Edipo implica renunciar a ciertos deseos imposibles y aceptar prohibiciones fundamentales que organizan los vínculos sociales. Por esta razón, el complejo de Edipo ocupa un lugar clave en las neurosis y en la estructuración del aparato psíquico. Cuando el conflicto edípico no logra resolverse de manera simbólica, sus efectos

no desaparecen, sino que reaparecen en la adultez en forma de síntomas, repeticiones y conflictos en las relaciones. Estas manifestaciones pueden expresarse como dificultades persistentes en los vínculos amorosos, problemas con la autoridad, sentimientos intensos de culpa sin una causa clara, inhibiciones, conductas compulsivas o tendencias a la represión excesiva o a la autodestrucción. Laplanche (2004) señala que el Edipo no debe pensarse solo como un momento de la infancia, sino como una estructura del deseo que continúa actuando a lo largo de toda la vida psíquica. Lo edípico no desaparece con el crecimiento, sino que se transforma y se manifiesta en nuevas situaciones, influyendo de manera duradera en las elecciones afectivas y en los modos de relación del sujeto.

La idea de herencia permite agregar a esta comprensión individual una dimensión transgeneracional fundamental. No solo se heredan genes o características biológicas, sino también formas de amar y de odiar, maneras de callar o de expresar, modos de sufrir, de vincularse y de enfrentar las pérdidas. Kaës (1993: 51) afirma que “cada sujeto es heredero de conflictos, fantasmas y deudas psíquicas que no provienen únicamente de su propia historia”. Esta herencia inconsciente se transmite por medio de los discursos familiares, los silencios significativos, las identificaciones, los secretos y los mandatos implícitos que circulan entre generaciones. De este modo, los hijos repiten, reelaboran o intentan reparar los traumas no resueltos de sus padres y antepasados, aun sin saberlo. En este sentido, la herencia edípica no se limita al triángulo padre-madre-hijo, sino que se inserta en una cadena histórica más amplia de repeticiones afectivas y simbólicas. Aplicada al campo de la literatura, esta categoría resulta especialmente útil para pensar cómo los textos narrativos muestran la transmisión entre generaciones del trauma, el dolor y los vínculos ambivalentes con las figuras parentales. La crítica psicoanalítica ha señalado que la ficción ofrece un espacio privilegiado para la escenificación de aquello que, en la vida psíquica, permanece reprimido, negado o silenciado. En el relato literario, los conflictos edípicos pueden reaparecer bajo la forma de disputas familiares, ausencias parentales, figuras de autoridad opresivas o relaciones afectivas marcadas por la ambivalencia. Bloom (1991) sostiene que, desde otra tradición teórica, toda escritura está atravesada por una lógica de herencia y conflicto con las figuras de autoridad, aunque en su formulación el conflicto sea de carácter estético y no familiar. Desde el psicoanálisis, esta tensión puede leerse como una reescritura simbólica del conflicto edípico, en la que el autor y los personajes negocian su lugar frente a una herencia que los antecede. Desde una perspectiva psicoanalítica, la autobiografía puede ser concebida como un espacio privilegiado para la elaboración simbólica de la herencia edípica, entendida como el conjunto de conflictos psíquicos derivados del complejo de Edipo. Estos conflictos están ligados a la relación con las figuras parentales, la internalización de la ley, la experiencia de la prohibición y, en última instancia, a la constitución del sujeto como ser deseante. La escritura autobiográfica permite, así, una puesta en escena discursiva de estos conflictos fundamentales, que suelen reaparecer de manera explícita o velada en la narración de la infancia, los vínculos familiares y los procesos de separación y autonomía. Freud (1993) conjetura que el mito de Edipo expresa una estructura universal del deseo humano, y no un destino excepcional; y que el destino de Edipo nos conmueve porque en él reconocemos una posibilidad propia: la misma condena fue dictada para nosotros incluso antes de nacer. Desde esta perspectiva, la autobiografía puede leerse como un escenario de reinscripción del conflicto edípico, en el que el sujeto revisa y reelabora su relación con la autoridad, la ley y las figuras de amor y rivalidad que marcaron su constitución psíquica. La evocación de figuras parentales, maestros, modelos de identificación o antagonistas suele estar atravesada por esta matriz simbólica que estructura el deseo y la subjetividad.

Asimismo, la escritura autobiográfica puede interpretarse como un intento de resolución, desplazamiento o resignificación del Edipo. Al narrarse, el sujeto no solo recuerda, sino que organiza su historia bajo una lógica de sentido que le permite asumir una posición particular frente a la ley y al deseo. En este proceso, la palabra cumple una función mediadora fundamental, ya que posibilita la transformación de la experiencia en relato y, con ello, la elaboración psíquica de los conflictos. Ricoeur (1996) sostiene que el relato es un elemento central en la construcción de la identidad del sujeto a lo largo del tiempo. Desde esta perspectiva, la autobiografía no se limita a recordar el pasado, sino que participa activamente en la formación de la identidad, incluida la marca edípica que constituye al sujeto como ser hablante, deseante y ubicado dentro de un orden simbólico.

2. Manifestaciones de la herencia edípica en la novela *Ordesa*

En *Ordesa*, la figura de los padres se presenta desde una ambivalencia profunda que no permite una lectura simple ni reconciliadora. El recuerdo de los padres aparece como un espacio afectivo atravesado por tensiones opuestas que son, al mismo tiempo, fuente de amor y de daño, de cuidado y de abandono, de construcción de la identidad y de su ruptura. El narrador los recuerda con una ternura que persiste, pero también con una decepción que no logra resolverse, lo que da lugar a un vínculo marcado por la contradicción emocional. La figura del padre se construye a partir de la fragilidad y la impotencia. Cuando el narrador afirma: “Mi padre era un hombre desarmado ante el mundo” (Vilas, 2018: 15), lo presenta como alguien derrotado por la realidad, incapaz de sostener una función de autoridad o de protección. Desde una lectura psicoanalítica, esta debilidad señala una falla en la función paterna entendida como reguladora de la ley y del deseo. El padre no logra ocupar un lugar mediador entre el hijo y el mundo, lo que deja al narrador expuesto a una sensación de desamparo emocional. Sin embargo, esta vulnerabilidad no exime al padre del reproche: “Mi padre no supo salvarme de nada” (Vilas, 2018: 17). La frase condensa una acusación fundamental: el padre no cumplió con la expectativa de amparo, y esa carencia se inscribe como una deuda afectiva que el narrador continúa reclamando en la adultez. La madre, por su parte, concentra un fuerte componente de idealización que roza lo sagrado. El enunciado “Mi madre era la bondad absoluta” (Vilas, 2018: 16) construye una imagen maternal investida de pureza moral y entrega incondicional. Esta idealización responde a una necesidad de refugio afectivo frente a la fragilidad paterna y al desamparo existencial del narrador. No obstante, dicha imagen se ve atravesada por una conciencia progresiva del dolor heredado: “Mi madre también fue una víctima y sin saberlo me enseñó a serlo” (Vilas, 2018: 22). La madre deja de ser únicamente figura de protección para convertirse también en transmisora involuntaria de sufrimiento. Se configura así una maternidad ambigua: sagrada en su amor, pero trágica en su incapacidad para interrumpir la cadena del daño. Desde el marco psicoanalítico, esta oscilación entre idealización y reproche responde al núcleo del conflicto edípico. El sujeto ama a los padres como objetos primarios de identificación, pero al mismo tiempo los vive como responsables de su malestar psíquico. Laplanche (2004) señala que el complejo de Edipo no se resuelve mediante la eliminación del conflicto, sino a través de su represión parcial, lo que explica su retorno constante en la vida adulta bajo formas desplazadas como la culpa, el reproche, la melancolía o la autoinculpación. En *Ordesa*, ese retorno es persistente y estructural ya que el narrador no deja de volver sobre la figura de los padres para interrogar su propia herida. La escritura se convierte, además, en una interpelación directa a los padres muertos, lo que refuerza el carácter de juicio simbólico que atraviesa la novela. Al afirmar: “Os hablo ahora porque ya

no podéis defenderos” (Vilas, 2018: 17), el narrador reconoce la asimetría radical de esta enunciación. Los padres, convertidos en figuras del pasado, ya no pueden responder ni justificar sus actos. La palabra del hijo adquiere entonces un poder absoluto, transformando el relato en un espacio de ajuste de cuentas emocional donde se mezclan la acusación, la gratitud y el duelo. Trueba (2019) señala que *Ordesa* puede interpretarse como una escritura de carácter póstumo, en la que la voz filial articula simultáneamente la denuncia, el agradecimiento y la despedida, poniendo de relieve la indisolubilidad entre el afecto y el resentimiento en la relación con la figura paterna. La idealización y el reproche no se cancelan entre sí, sino que se superponen y se refuerzan mutuamente, produciendo una tensión afectiva permanente que estructura la identidad del narrador. Esta ambivalencia impide la clausura del duelo y mantiene abierta la herida edípica. De este modo, la herencia parental no aparece como un legado cerrado o pacificado, sino como una marca inestable que continúa operando en el presente del sujeto. En esta obra, los padres no son solo figuras del pasado, sino presencias psíquicas activas que determinan, desde su ausencia, la forma en que el narrador se piensa, se juzga y se narra a sí mismo.

La novela articula la identidad del narrador como un espacio de repetición más que como un proyecto de autonomía. El yo no se construye desde la ruptura con el pasado, sino desde la reiteración de aquello que lo precede. En este sentido, el sujeto no solo hereda rasgos físicos o recuerdos familiares, sino también patrones de conducta, afectos y formas de relación con el mundo profundamente marcadas por la pérdida y la autodestrucción. La herencia aparece así como un destino que se impone, no como una elección consciente. Uno de los ejemplos más claros de esta transmisión es el alcoholismo, presentado no como un vicio aislado, sino como un legado familiar que se perpetúa. Cuando el narrador afirma: “Bebo como bebía mi padre. Bebo para olvidar que bebo” (Vilas, 2018: 34), no solo establece una analogía entre ambos, sino que revela la lógica circular de la repetición: el acto de beber reproduce el gesto paterno y, al mismo tiempo, funciona como un mecanismo de negación del propio síntoma. La conciencia de la repetición no conduce a su superación, sino que refuerza su carácter compulsivo.

El narrador reconoce explícitamente esta transmisión intergeneracional al señalar: “He heredado la tristeza como otros heredan los ojos” (Vilas, 2018: 47). En este caso, la herencia se desplaza del plano biológico al plano psíquico y afectivo. La tristeza, como rasgo constitutivo, se naturaliza hasta adquirir el estatuto de un atributo corporal. No se hereda únicamente un apellido o una historia familiar, sino una forma de habitar la existencia marcada por la melancolía, la fragilidad identitaria y la dificultad para sostener vínculos estables. La identidad se define, por tanto, menos por lo que el sujeto elige que por aquello que lo determina desde antes de su nacimiento. Desde la teoría psicoanalítica, Freud (2006) conceptualiza la compulsión a la repetición como la tendencia del sujeto a reproducir experiencias dolorosas no elaboradas, incluso cuando estas resultan perjudiciales. En *Ordesa*, esta lógica se manifiesta en la manera en que el narrador no solo recuerda el fracaso del padre, sino que lo reactualiza en su propia vida adulta. El alcoholismo, la precariedad emocional y la sensación persistente de soledad funcionan como escenarios donde el pasado se reescenifica. La afirmación “Soy un hombre solo porque vengo de hombres solos” (Vilas, 2018: 49), evidencia que la soledad no es una circunstancia individual, sino una condición heredada que atraviesa generaciones. Desde la crítica literaria, Pozuelo Yvancos (2016) sostiene que en la autobiografía contemporánea, el sujeto se narra como producto de una compleja red que combina herencias familiares, discursos históricos y rupturas personales. Esta perspectiva resulta especialmente pertinente para leer *Ordesa*, donde la identidad del narrador se configura como un punto

de intersección entre la memoria familiar y el derrumbe afectivo. En la misma línea, Alberca (2007) opina que la autoficción no persigue la coherencia identitaria ni la construcción de un yo estable, sino la exposición de sus quiebras, contradicciones y heridas heredadas. Así, la repetición en *Ordesa* no se limita al ámbito individual, sino que adquiere un carácter transgeneracional. El fracaso del padre se inscribe en el hijo como una marca difícil de borrar; la soledad de la madre se prolonga en la vejez emocional del narrador, incluso antes de llegar a la vejez biológica. La herencia edípica funciona, de este modo, como una condena afectiva que se transmite de generación en generación, revelando una genealogía del dolor en la que cada sujeto, lejos de romper el ciclo, se convierte en su nuevo eslabón. La muerte de los padres, y de manera especialmente intensa la de la madre, constituye el núcleo emocional y simbólico de *Ordesa*. No se trata únicamente de un acontecimiento biográfico, sino de una fractura ontológica que altera de forma irreversible la percepción del mundo del narrador. Cuando afirma: “Mi madre murió y con ella murió también el mundo” (Vilas, 2018: 76), la pérdida no se presenta como un hecho puntual y superable, sino como una catástrofe total que desmantela el orden afectivo y simbólico de la existencia. El mundo, entendido como red de significados y de vínculos, queda deshabitado tras la desaparición del objeto primordial de amor. Desde esta perspectiva, el duelo no se configura como un proceso con principio y fin, sino como una experiencia que permanece activa en el presente del discurso. El pasado irrumpe de manera constante en la narración, impidiendo cualquier clausura temporal. La memoria no cumple una función reparadora, sino insistente; así que recordar es volver a perder. El narrador vive instalado en un tiempo suspendido, donde la muerte de los padres se reactualiza en cada gesto, en cada pensamiento y en cada palabra escrita. Según Freud (2006), en el duelo elaborado el sujeto consigue retirar progresivamente la libido del objeto perdido y reinvertirla en nuevos objetos, mientras que en la melancolía el yo queda fijado a la pérdida, identificándose con el objeto ausente y dirigiendo contra sí mismo la agresividad que le estaba destinada. En *Ordesa*, el narrador no logra desprenderse de los padres muertos, lo que sitúa su experiencia más cerca de la melancolía que del duelo resuelto. La afirmación “Sigo hablándoles porque no sé vivir sin su ausencia” (Vilas, 2018: 79) revela que la ausencia no se asimila ni se supera, sino que se transforma en una presencia psíquica constante que organiza la subjetividad. Esta fijación melancólica se traduce en una relación persistente con los muertos, que funcionan como interlocutores privilegiados del discurso. Los padres no son solo recuerdos, sino figuras activas que continúan interpelando al narrador, reclamando afecto, reproche y culpa. De este modo, la pérdida no se integra simbólicamente, sino que se incorpora al yo, reforzando la sensación de vacío y la fragilidad identitaria.

La escritura emerge entonces como una estrategia de supervivencia frente al derrumbe subjetivo. Cuando el narrador afirma: “Escribo porque si no escribiera estaría muerto” (Vilas, 2018: 12), la escritura se presenta como un acto vital, casi biológico, necesario para sostener la existencia. Sin embargo, esta práctica no debe entenderse únicamente como un ejercicio terapéutico o catártico, sino también como un síntoma de la imposibilidad de elaborar plenamente el duelo. La escritura permite decir el dolor, pero no cancelarlo tal como señala el propio narrador: “Nada se cura del todo. Solo se cuenta” (Vilas, 2018: 82). La narración sustituye al trabajo del duelo sin llegar a completarlo, funcionando como un paliativo más que como una solución. En esta línea, Mora (2018) concibe *Ordesa* como una escenificación del duelo permanente, en la que el sujeto enunciador se resiste a desprenderse de los muertos, pues tal separación implicaría un enfrentamiento directo con el vacío constitutivo de la propia identidad. Renunciar a los padres implicaría aceptar una soledad radical y una identidad desprovista de anclajes. El duelo incompleto se vincula así

directamente con la herencia edípica no simbolizada, de modo que los padres no han sido interiorizados como figuras pacificadas, sino como fantasmas que siguen ocupando el espacio psíquico del narrador. La escritura oscila, por tanto, entre dos funciones contradictorias. Por un lado, actúa como una forma de catarsis parcial que permite articular el dolor, nombrar la pérdida y evitar el silencio absoluto. Por otro, opera como una repetición compulsiva que reactualiza una y otra vez la herida, impidiendo su cicatrización. Este vaivén constante explica por qué en *Ordesa* no hay cierre narrativo ni resolución psicológica. El relato no avanza hacia la superación, sino que gira en torno a la pérdida, reiterándola desde distintos ángulos. En consecuencia, el yo permanece suspendido entre un pasado familiar que no deja de reclamar su lugar y un presente que no logra emanciparse de él. La escritura, lejos de clausurar el duelo, lo mantiene abierto, convirtiéndose en el espacio donde la melancolía se dice, se repite y se perpetúa. *Ordesa* se configura así como el testimonio de una elaboración siempre incompleta, donde vivir y escribir se confunden con la imposibilidad de dejar ir a los muertos.

3. Mecanismos narrativos de la herencia edípica en la novela *Ordesa*

En *Ordesa*, Manuel Vilas construye un relato autoficcional en el que la memoria familiar se convierte en el núcleo de la identidad del narrador. A través de una escritura fragmentaria, confesional y emocionalmente extrema, la novela articula lo que puede entenderse como una herencia edípica, entendida no en términos de una reproducción literal del mito clásico, sino como la transmisión simbólica del conflicto con el padre, la ausencia de la madre y la dificultad de constituirse como sujeto autónomo. La narración se configura así como un espacio en el que el pasado familiar no solo es recordado, sino que se reactiva de manera constante, lo que impide una separación definitiva del origen. Uno de los principales recursos narrativos que sostiene esta herencia es el uso de la primera persona autoficcional, que desdibuja los límites entre autor, narrador y personaje. Esta estrategia refuerza la dimensión edípica del texto, ya que el conflicto no aparece como una ficción distante, sino como una experiencia íntima y persistente. El narrador adulto recuerda episodios de su infancia y juventud desde una posición marcada por la pérdida y el fracaso, lo que transforma el relato en una especie de confesión tardía dirigida a los padres fallecidos. En este sentido, la escritura funciona como un diálogo unilateral con figuras que ya no pueden responder, pero cuya presencia simbólica continúa influyendo en la vida del hijo.

La figura del padre ocupa un lugar central en esta dinámica. A lo largo de la novela, el padre aparece descrito como un hombre alcohólico, vulnerable y derrotado por las circunstancias económicas y vitales. El narrador recuerda escenas concretas en bares, momentos de humillación cotidiana y una masculinidad marcada por la precariedad. Sin embargo, esta imagen de debilidad no anula su función simbólica: el padre sigue siendo la figura de la ley, del origen del nombre y del modelo masculino. Díaz Osorio (2024) opina que esta ambivalencia es clave para entender la herencia edípica en *Ordesa*, ya que el hijo no puede ni identificarse plenamente con el padre ni rechazarlo por completo. La herencia que recibe es contradictoria. Por lo tanto; junto con el apellido y la filiación, hereda también el miedo al fracaso y la tendencia a la autodestrucción. Esta transmisión se hace especialmente visible cuando el narrador reconoce en su propia vida adulta los mismos comportamientos que observaba en su padre. El alcohol, la depresión y la sensación de estar fuera de lugar aparecen como repeticiones involuntarias de un destino familiar.

Desde una perspectiva psicoanalítica, esta reiteración puede leerse como una forma de retorno de lo reprimido, donde el conflicto edípico no resuelto se manifiesta en la repetición de los mismos patrones de sufrimiento. El hijo, lejos de superar al padre, parece condenado a encarnar su derrota, lo que refuerza la idea de una herencia inconsciente e inevitable. En contraste con la fuerte presencia del padre, la madre aparece como una figura ausente e idealizada. Su imagen está asociada al amor, la protección y la ternura, pero también a una distancia imposible de superar, intensificada por la muerte. La madre se presenta como un recuerdo luminoso, casi sagrado, que el narrador no pone en duda. Esta idealización, como señala Mora (2018), refuerza la estructura edípica clásica: la madre se convierte en un objeto perdido e irrecuperable, mientras que el padre ocupa el lugar del conflicto y de la culpa. La ausencia de la madre deja al narrador atrapado en una relación simbólicamente exclusiva con el padre, lo que intensifica el sentimiento de orfandad y desamparo.

Otro elemento central en la construcción de la herencia edípica es el uso del nombre propio, que coincide con el del autor real. Este recurso autoficcional refuerza la dimensión genealógica del conflicto, ya que el nombre funciona como una marca de filiación transmitida por el padre. El narrador no elige su nombre, del mismo modo que no elige su herencia afectiva. Según Lejeune (1994), el nombre simboliza la imposibilidad de desprenderse por completo del linaje familiar y de la identidad impuesta por el origen. El espacio de *Ordesa* adquiere también un fuerte valor simbólico. El valle se asocia con la infancia, la unidad familiar y una felicidad que ya no existe. No se trata solo de un recuerdo nostálgico, sino de un lugar casi mítico al que el narrador regresa constantemente a través de la memoria. Este retorno continuo al pasado impide un avance narrativo lineal y refuerza la idea de un estancamiento en el conflicto inicial. De este modo, *Ordesa* funciona como el escenario simbólico del trauma, comparable al espacio trágico del mito de Edipo, donde el destino se cumple de forma inevitable. La fragmentación del relato es otro recurso clave. La novela no sigue una cronología tradicional, sino que se construye a partir de recuerdos dispersos, reflexiones y repeticiones insistentes. Esta forma narrativa reproduce la lógica del trauma y del duelo no resuelto. Por eso, el pasado irrumpe una y otra vez en el presente, desestabilizando al sujeto. Desde esta perspectiva, la estructura del texto puede leerse como una manifestación formal de la herencia edípica, ya que el narrador no logra organizar su experiencia vital de manera coherente y cerrada. Por último, la escritura aparece como un intento de elaboración simbólica del conflicto. Al narrar a sus padres, el narrador busca comprenderlos, juzgarlos y, en cierta medida, liberarse de ellos. Sin embargo, *Ordesa* no propone una superación definitiva del conflicto edípico. La escritura no cierra la herida, sino que la expone. El texto sugiere que la identidad se construye a partir de esa falta, desde una herencia que no puede eliminarse, pero que sí puede ser narrada.

Conclusión

Ordesa articula de forma potente la idea de herencia edípica puesto que la novela muestra que lo que se hereda de los padres no es sólo patrimonio material, sino también un tejido afectivo (culpas, deseos, prohibiciones) que configura la subjetividad adulta. La voz fragmentaria de Vilas y la concentración temática en la pareja parental permiten leer la obra como un intento literario de elaborar, o al menos exponer, esa carga. La obra no ofrece una resolución neta, lo cual es coherente con la naturaleza misma de muchas herencias psíquicas, pero sí proporciona una cartografía emocional que resulta muy útil para lectores e investigadores interesados en la intersección entre memoria, trauma filial y

escritura autobiográfica. En *Ordesa*, la herencia edípica se despliega a través de tres ejes fundamentales: la ambivalencia hacia los padres entre idealización y reproche; la repetición transgeneracional del daño, el alcohol y la soledad y el duelo no elaborado, que mantiene vivos a los padres como fantasmas psíquicos. La novela construye así un sujeto que no se define por la autonomía, sino por la dependencia afectiva de un pasado no resuelto. La escritura funciona como un intento de reconciliación imposible con esa herencia, al mismo tiempo que la perpetúa. *Ordesa* expone la herencia edípica mediante una combinación de recursos narrativos y simbólicos que incluyen la autoficción, la fragmentación, la centralidad ambivalente del padre, la ausencia idealizada de la madre, el peso del nombre propio y la carga simbólica del espacio. Manuel Vilas transforma el conflicto edípico en una reflexión contemporánea sobre la transmisión del trauma, la masculinidad y el duelo, mostrando que la herencia familiar no se resuelve, sino que se reescribe constantemente en la memoria y en el lenguaje.

Referencias bibliográficas

- ALBERCA M. 2007. *El pacto ambiguo: de la novela autobiográfica a la autoficción*. Biblioteca Nueva. Madrid.
- BLOOM H. 1991. *La angustia de las influencias*. Trotta. Madrid.
- DÍAZ OSORIO E. M. 2024. *Memoria, afectos y escritura autobiográfica en la novela Ordesa (2018) de Manuel Vilas*. Universidad de Cartagena. Cartagena.
- FREUD S. 2006. *Duelo y melancolía*. Amorrortu. Buenos Aires.
- FREUD S. 1993. *La interpretación de los sueños*. Amorrortu. Buenos Aires.
- KAËS R. 1993. *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Amorrortu. Buenos Aires.
- LAPLANCHE J. 2004. *Diccionario de psicoanálisis*. Paidós. Buenos Aires.
- LEJEUNE P. 1994. *El pacto autobiográfico*. Megazul-Endymion. Madrid.
- MORA V. L. 2018. "La intimidad como herida: sobre *Ordesa*, de Manuel Vilas" en *Revista de Letras Hispánicas*, 12(2), 45-58.
- POZUELO YVANCOS M. 2016. *Figuraciones del yo en la narrativa*. Cátedra. Madrid.
- RICOEUR P. 1996. *Sí mismo como otro*. Siglo XXI. Madrid.
- TRUEBA G. 2019. *La autoficción en la narrativa española reciente*. Cátedra. Madrid.
- VILAS M. 2018. *Ordesa*. Alfaguara. Barcelona.